

les no son sino ecos inconscientes de esas creencias funestas que nos presentan al niño corrompido desde su nacimiento, con inclinaciones peligrosas, merecedoras de represión. De semejante decadencia acusan a la mujer, y al humillarla, la despojan de su dignidad y de su función.

Mas la Ciencia ha tomado de la mano a la mujer para reintegrarla en sus derechos. No es indiferente subordinar la educación de una raza a las doctrinas de compresión y de expiación o invocar la Naturaleza contra la humilde resignación.

Escuchad a Heriberto Spencer, una de las grandes lumbreras del positivismo. El niño no es, como se nos ha querido hacer creer, un pequeño monstruo devorado por las concupiscencias; reclama lo que necesita para vivir, y nada más.

Cuando os pide azúcar es porque el azúcar le es indispensable para adquirir una fuerte osamenta. Creéis que es un goloso y se la negáis, contribuyendo a hacer un raquítico.

Un niño bien alimentado, cuyos gustos se consulten, se niega a tomar una alimentación excesiva y se contenta con una porción moderada de lo que se llama golosina. Si le imponéis privaciones, haréis de él un goloso.

¡Cuántas veces, dice Spencer, se ha tomado por revoltosos a niños que protestan contra la regla de la inmovilidad porque su alegría, es decir, su salud, durante algunos años, depende de la libertad de sus juegos y de sus movimientos!

La Ciencia, en su ardiente defensa del niño, procura sobre todo disculparle de la odiosa acusación de embustero que sus enemigos le lanzan como una prueba de su corrupción nativa.

La imaginación juvenil se complace con las ficciones, es cierto, pero esas ficciones son la poesía que nos encantará, hasta nuestra edad madura, en los cuentos de las niñeras. ¡Siempre la adivinación de las madres!

Acusar de disimulo solapado a esos diminutos seres, confiados, sencillos,

incapaces de tener un secreto, es ir contra la verdad. El niño socarrón e hipócrita es obra de un opresor, que le ha hecho cobarde antes de hacerle embustero. Algunas veces nos limitamos a enseñarle a callar, a fingir, porque su hermosa sencillez, su audaz franqueza, parecen un peligro en un orden social viciado.

Para formar seres sanos y equilibrados, basta interrogar la Naturaleza, cuyas leyes están hoy tan claramente condensadas en ese código científico que llamamos Higiene.

Los niños, como las plantas, necesitan una alimentación, un abrigo, adaptados a su temperamento. Sin embargo, es de notar una diferencia entre la planta y el niño. La planta no puede advertir al jardinero del defecto de adaptación, que va a matarla, sino por su solo aspecto de depauperación. Se la encuentra helada o abrasada, por sorpresa. En cambio, el niño tiene la intuición de lo que le es beneficioso o perjudicial; tiene la facultad de quejarse, de reclamar, de protestar; de aquí se deduce la conclusión de que desobedeceríamos a la Naturaleza no prestando atención a esas quejas y a esas protestas.

El niño es un ser de movimiento, hemos dicho. En sus primeros años el movimiento se impone como la más imperiosa de sus necesidades. Por tanto, necesita aire que oxigene la sangre y los músculos, y el espacio que le llama, que le excita; necesita de ellos de igual modo que el pájaro, ese otro ser de movimiento.

En nuestros medios civilizados, el aire y el espacio se le miden avariciosamente al niño; ocurre que nuestros sistemas de educación llegan hasta negárselos duramente. Los amontonamos día y noche en habitaciones reducidas; prolongamos su inmovilidad en los talleres o salas de estudios; los enfermamos recluidos tras elevados muros, verjas de cerramiento, etc. Esos son regímenes antinaturales que no pueden producir sino enfermedades, desequilibrio y muerte precoz.

La luz es también necesaria al niño;